

PATRICIA VERDUGO - CARMEN HERTZ

Operación
SIGLO XX

El atentado a Pinochet

Catalonia

VERDUGO, PATRICIA - HERTZ, CARMEN
Operación Siglo XX / Patricia Verdugo, Carmen Hertz

Santiago de Chile: Catalonia, 2015

200 pág. 15 x 23 cm

ISBN 978-956-324-401-4

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN
070.40.72

Diseño de portada: Guarulo & Aloms

Foto de portada: Cenfoto UDP

Edición de textos: Cristine Molina

Composición: Salgó Ltda.

Impresión: Salesianos Impresores S.A., Santiago de Chile

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida,
en todo o en parte, ni registrada o transmitida
por sistema alguno de recuperación de información,
en ninguna forma o medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia o cualquier otro,
sin permiso previo, por escrito,
de la editorial.

Biblioteca Patricia Verdugo de investigación periodística y Derechos Humanos.

Primera edición Catalonia: diciembre 2015

ISBN 978-956-324-401-4

Registro de Propiedad Intelectual N° 98.063

© Sucesión Patricia Verdugo, 2015

© Carmen Hertz, 2015

© Catalonia Ltda., 2015

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl – Twitter: @catalonialibros

Índice

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN	11
PERMÍTANOS...	19
Capítulo I EL CRÁTER QUE NO FUE	21
Capítulo II UNA PAREJA ENCANTADORA	35
Capítulo III LA AVENTURA DE LOS “RENT A CAR”	45
Capítulo IV POR EL AMOR DE ISABELLE	53
Capítulo V EL PRIMER ACUARTELAMIENTO	63
Capítulo VI LOS CURIOSOS SEMINARISTAS	79
Capítulo VII COLUMNAS EN MARCHA	107
Capítulo VIII LA BATALLA DE “EL MIRADOR”	123
Capítulo IX EL ESCAPE	135
Capítulo X RESCATE Y VENGANZA	155

Capítulo XI	
LA INVESTIGACIÓN	167
Capítulo XII	
Y EL TRÁGICO FIN...	191

“Cuando Yo fije la hora,
juzgaré según la justicia”.

Libro de los Salmos, 74

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Operación Siglo XX es la historia de un gran esfuerzo colectivo por modificar la realidad impuesta a sangre y fuego por la Dictadura. Marca el punto más alto del accionar del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, casi tres años después de su fundación. A pesar de no alcanzar el principal objetivo político, asestó un golpe decisivo al proyecto de perpetuación del Régimen por la fuerza.

Hoy conocemos que el martes 18 de noviembre de 1986, dos meses después de la Operación Siglo XX, se reunió el Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. En el acta de la reunión puede leerse:

“So the key decision is not whether or not we want a democracy in Chile. We do. The question for us is how we can most effectively contribute to a democratic outcome in Chile”*.

En ese agitado año 1986, las movilizaciones populares alcanzaron niveles nunca vistos de combatividad. La gran protesta nacional del 2 y 3 de julio supuso un desafío real al Régimen militar. El horror tomó el nombre de dos jóvenes quemados vivos. Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas. Él murió. Tenía diecinueve años y nacionalidad norteamericana, por lo que la reacción de ese Gobierno fue más enérgica que de costumbre. La versión oficial culpabilizaba de esta atrocidad a las propias víctimas, que fueron descritas como terroristas portadores de bombas incendiarias. Todos los medios propagandísticos del Régimen insistieron con esa versión, añadiendo detalles inventados. Solo el año 2015

* “De este modo, la decisión no es si deseamos o no una democracia en Chile. La queremos. Para nosotros el asunto ahora es cómo podemos contribuir más efectivamente a un desenlace democrático en Chile”.

el equipo periodístico encabezado por Pedro Azócar consiguió la confesión de un soldado, que sepultó cualquier atisbo de duda. Veintinueve años después. El principal culpable había pasado inadvertido debido al que ha sido un comportamiento sistemático de las Fuerzas Armadas y los cuerpos represivos: imposición de silencio por coacción. Me parece que no puede denominarse “pacto de silencio”, por la obvia diferencia de jerarquía entre los involucrados y porque el Ejército no es una montonera o mafia en la que un sujeto se pone de acuerdo con otro para no hablar. Se trata de una protección institucional a los criminales de lesa humanidad.

El libro *Operación Siglo XX*, publicado en octubre de 1990, fue elaborado sobre fuentes documentales contrastadas —los tomos del proceso instruido por el fiscal Torres Silva, hoy preso en Punta Peuco—, pero inevitablemente incompletas. Solo quienes cumplían condena por esos hechos entregaron su versión a quienes los interrogaron, juzgaron y condenaron. Ellos asumían con valentía y orgullo su participación, pero no brindaron información sobre quienes no habían sido identificados o capturados. No hablaron para su pueblo, sus compañeros o historiadores. Respondían preguntas de sus captores y protegían a la organización a la que pertenecían orgullosamente.

El Régimen, en agosto de 1986, recuperó en parte la iniciativa al descubrir y decomisar armamento ingresado clandestinamente por el Partido Comunista de Chile. Pinochet seguía siendo un estorbo, pero podía exhibir contundencia y efectividad contra sus enemigos más combativos. Parecía capaz de impedir que la lucha en su contra pasara a un nivel superior. Pudo utilizar la exhibición de armamento en Carrizal Bajo para hacerse fuerte ante las llamadas internas y externas de cambio democrático. El desconcierto de la dirección del PC chileno ayudó a acrecentar esa sensación. Miedo, efectividad y control fueron los estandartes enarbolados por la Dictadura esos días de agosto de 1986. Parecía que la principal amenaza había desaparecido.

Es en ese contexto que ocurre la Operación Siglo XX. Cuando Pinochet está ostentando su victoria sobre los comunistas y se ha paseado con el embajador de Estados Unidos por la gran exposición

de armamento incautado, organizada en la Escuela Militar, sucede la emboscada del Cajón del Maipo. ¿Cómo ha sido posible un contrataque popular de esta magnitud tan pocos días después del mayor éxito contrainsurgente de la Dictadura?

En 1990 las autoras no conocíamos la relación directa entre Carrizal y el atentado a Pinochet. Pensábamos que el plan del túnel de Las Vizcachas había sido abandonado por la gran velocidad a la que se desplazaba la comitiva del tirano. Así nos los dijo un dirigente de la organización, que probablemente no quería reconocer su ignorancia en el tema. Desconocíamos que se descartó el minado del camino por una razón bien distinta: la caída de todo el material explosivo necesario. Desconocíamos las primeras variantes de la Operación Siglo XX, que fueron esbozadas en el libro *Mi hijo Raúl Pellegrin* y desarrolladas años después en ese riguroso documento histórico que es la serie televisiva *Guerrilleros, la historia tras el fusil*. Faltaba información esencial para calibrar la tenacidad y creatividad de los frentistas. Era comprensible por el grado de compartimentación que se mantuvo durante la exploración y planificación de la operación.

Junto a las declaraciones judiciales de los detenidos que participaron en la emboscada, las autoras recurrimos al testimonio de los escoltas sobrevivientes. También a las declaraciones de miembros del contingente de agentes de Seguridad que recorrían permanentemente la ruta utilizada por el dictador para detectar cualquier movimiento sospechoso. Y transcribimos las explicaciones de la dotación del retén de Las Vizcachas. Cualquier lector atento podía comprender que la Seguridad de Pinochet había sido sorprendida y que sus miembros intentaban salvar su responsabilidad acudiendo a palabras que no tenían relación con lo acaecido en la cuesta Achupallas. En la narración del jefe de la escolta, capitán Juan MacLean, se repite una sola voz de mando: “¡Atrás, atrás!”, que no tiene sentido en ese terreno. Los frentistas se habían preparado para una reacción combativa de la escolta. Su misión siempre fue no ser encerrados en una emboscada, por lo que la carta que debían jugar era intentar pasar a como diera lugar por sobre el obstáculo interpuesto: la casa rodante. De hecho, la frágil estructura del remolque

fue rellena con sacos de cemento y la unión con el automóvil fue reforzada con una cadena. Los frentistas estaban preparados para ser embestidos; lo que en realidad ocurrió fue que los ocupantes del vehículo de vanguardia frenaron en seco y se agacharon por debajo del nivel del parabrisas. No quedó claro si falló el entrenamiento, la motivación o ambas cosas.

Pobre espíritu combativo de los soldados chilenos, fieros con compatriotas desarmados e indefensos. Esta vez no atacaban con artillería y aviación a unos pocos hombres en La Moneda. Ni masacraban con corvos a Carlos Berger y a Eugenio Ruiz-Tagle. Ni torturaban hasta la muerte a Reinalda del Carmen Pereira, embarazada de siete meses. Ni mataban a golpes a Fernando Ortiz. Ni asfixiaban con una bolsa de plástico a un Víctor Díaz inmovilizado. Ni ametrallaban sin piedad con una .50 las casas de la calle Janequeo y Fuenteovejuna. Esta vez estaban bajo el fuego redentor de patriotas armados.

Hubo dos excepciones. El primer auto de Carabineros intentó resistir, y la segunda excepción fue el cabo Carvajal, que conducía el vehículo presidencial. El cohete que impactó en su vehículo no estalló y su reflejo de sobrevivencia le llevó a buscar una ruta de escape de regreso a la casa de El Melocotón. El cabo Carvajal tenía enfrente a escoltas fuera de combate y una curva donde no sabía qué le esperaba. Mauricio Arenas Bejas, “el Lobo”, le dibujó con sus balas la Virgen imaginada por un aterrorizado dictador. Solo medios antitanques podían con el blindaje, y los que había reunido el comando eran los M-72 LAW de un solo disparo. Desechables.

El año 2001 fue publicado un libro firmado por Rodrigo García Pinochet. Quince años después del atentado a su abuelo en el que casualmente le acompañaba siendo un niño, pudimos conocer detalles de lo vivido dentro del auto durante y después de la emboscada. “De la que nos salvamos, nieto”, le dijo. También conocimos detalles del viaje del dictador, al día siguiente, hacia la capital. En dos helicópteros. “Todos sabíamos que tomar la decisión de cómo regresar a Santiago había sido muy difícil, ya que el helicóptero podía ser objeto de un ataque tierra-aire, como oí decir a algunos oficiales durante la mañana. La capacidad de fuego

demostrada la tarde anterior avalaba esta hipótesis, pero aun así era el medio más seguro”. Un poco más adelante, el nieto anota: “El vuelo fue algo movido, no sé si se debió a condiciones climáticas o a maniobras de los pilotos para evadir eventuales ataques”.

Las autoras de *Operación Siglo XX* transcribimos la versión oficial —y única, en la época— sobre la captura, por parte de la Policía de Investigaciones, de los primeros cinco combatientes que participaron en la operación. La supuesta pesquisa que dio con la huella dactilar de Juan Moreno Ávila en una botella encontrada en la casa de acuartelamiento fue cuestionada por Víctor Díaz Caro. En el documental *Guerrilleros, la historia tras el fusil* puede comprenderse la irresponsabilidad de Juan Moreno, que se fue a su casa legal y quedó a los ojos de quienes le conocían como un participante en la acción del 7 de septiembre. La primera semana de octubre un incidente ocurrido en la población La Pincoya propició la llegada de la PDI y la detención de Moreno Ávila. Él delató, bajo tortura, a cuatro combatientes. En el último capítulo del libro, “Y el trágico fin...”, se dice que quizá el jefe del tiranicidio salió del país y retornó clandestinamente. En realidad, José Joaquín Valenzuela Levi, el “comandante Ernesto”, permaneció en Chile y fue detenido y asesinado durante la llamada Operación Albania, perpetrada por la CNI en junio de 1987, en la que fueron ejecutados doce militantes del FPMR. Fue recluso en el Cuartel Borgoño hasta ser llevado a la casa de la calle Pedro Donoso. Ahí, maniatado, fue asesinado disparándole dieciséis balazos a quemarropa. Julio Guerra Olivares fue masacrado en la Villa Olímpica. Había dirigido uno de los grupos de la emboscada, al aplazarse la fecha de la acción, sustituyendo a Tamara.

Al final del libro —referido al asesinato de Cecilia Magni, la “comandante Tamara”, y Raúl Pellegrin, el “comandante José Miguel”— se plantea una gran duda sobre su muerte. Después se han conocido los detalles, y los certificados de defunción no dejan lugar a la imaginación. Fueron torturados, asesinados y lanzados al río Tinguiririca para establecer la tesis del ahogamiento por inmersión. El silencio de los asesinos ha impuesto la terrible paradoja judicial de corroborar torturas sin definir culpabilidades. Parte de

los condenados a muerte por el atentado a Pinochet se fugaron de la Cárcel Pública el año 1990. Un año después falleció Mauricio Arenas Bejas, el legendario Lobo. A los treinta y un años. Cáncer de pulmón. Lo que no habían conseguido la granada de la cuesta de Achupallas ni los siete disparos recibidos en lo que él llamaba su “fiesta de plomo”. Al estar en posesión de documentación falsa, fue declarado NN. Su cuerpo pudo ser recuperado por su familia y fue enterrado en Valparaíso.

En la ciudad belga de Mons, muy cerca de la frontera con Francia, falleció el año 2000 Juan Órdenes Narváez en un accidente automovilístico. Cumplía uno de los largos extrañamientos que castigaban a algunos de los más consecuentes luchadores antidictatoriales. Los detalles de su detención en 1989, resistida con una fiereza insuperable, conmueven aún hoy. Sobrevivió a nueve balazos.

Los protagonistas de esta historia fueron tildados de terroristas y borrados de la memoria colectiva. Resultaba incómoda la actitud que desplegaron, buscando con su entrega desinteresada una salida distinta al proyecto dictatorial de la Constitución de 1980. En definitiva, se impuso el proyecto económico del otro Piñera. Y la transición administró ese proyecto que ensanchó la desigualdad y la inequidad. Operación Siglo XX constituye también el único —por así decirlo— combate en que participó el dictador en sus largos años de vida. Y significó una contundente derrota de quienes ordenaron disparar contra un pueblo desarmado y asesinar compatriotas vendados y esposados... de quienes incluso renegaron y ordenaron el crimen de los comandantes en jefe René Schneider y Carlos Prats. El desproporcionado ataque al Palacio de La Moneda añadió otra terrible mancha a las Fuerzas Armadas. Salvador Allende defendió con firmeza la voluntad del pueblo, pero se impuso el terror.

El contraste con la cobardía del senador vitalicio, simulando —muchos años después, en Londres— demencia y atrincherado en una silla de ruedas, no puede ser más revelador de la categoría moral del tirano. La debilidad de quienes pactaron con él la transición pareció exagerada e injustificable ante los ojos del pueblo chileno. Los pactos tácitos de impunidad estallaron dramáticamente cuando Pinochet fue detenido en Londres y se implementó un

lobby gigantesco para traerlo de vuelta y sustraerlo de la acción de la justicia universal. Fue necesario que crecieran los hijos de los derrotados para que también acompañaran al pueblo y al presidente Allende en su combate por un mundo mejor.

CARMEN HERTZ
Noviembre de 2015